



ARTE - HISTORIA
FILOSOFIA Y LITERATURA
EN RELACION CON LA MEDICINA

LA POESÍA SATÍRICA Y LOS MÉDICOS

por el

Doctor EMILIO GIMENEZ HERAS

De la Beneficencia Municipal y del Seguro de Enfermedad.
Licenciado en Filosofía y Letras (Historia).
Burgos.

«Singularmente, los poetas dieron con los médicos de antaño, alborozadamente, como en real de enemigos; y muy divertida sería, a la verdad, la antología que se formase con las numerosísimas composiciones satíricas y jocosas que se escribieron en burla, zumba y risa suya.»

(González Amezúa, en *MEDICAMENTA* de 1 de noviembre de 1947.)

Fruto de deleitables lecturas, en las que se refugia el ánimo agobiado, dolido y hastiado de preocupaciones profesionales, y modestamente, cual cumple a nuestro papel de simple aficionado a las Letras, aportamos este granito de arena a la antología propuesta por el señor González Amezúa. A otros, doctos y eruditos, cuya vasta cultura y extensos conocimientos les proporcionarían los materiales necesarios, les queda reservado llevar a cabo la obra.

Entre tanto, nosotros, sin más autoridad que la que pudiere prestar la pura afición a estos menesteres literarios, solicitamos hospitalidad en las columnas de *MEDICAMENTA*, para, osados y atrevidos, repetir la llamada del ilustre académico. Predicando con el ejemplo.

Quizá la clase social más zaherida con todo género de sarcasmos, burlas, vayas, epigramas y sátiras haya sido y continúe siendo la clase médica.

Es de todos los tiempos y de todos los lugares la tendencia a ridiculizar a los médicos. Cierto que en el hombre parece existir propensión a satirizarlo todo, a caricaturizar todo, a burlarse, en fin, de todo. Pero la sátira despiadada y cruel suele acusar menosprecio. Nunca se befa lo que estimamos: la patria, la madre, la religión. Parece como si, con la burla, quisiéramos hacer desmerecer al objeto de ella en el concepto de los demás.

¿Por qué esta predilección de la musa satírica hacia nuestra clase? Sencillamente, porque es la que con mano más pródiga siembra y reparte bienes, bondades y beneficios. Y suele decirse con desconsolador pesimismo, que confirma la realidad: «Hacer a uno un bien es crearle un enemigo». La Humanidad y el individuo suelen ser olvidadizos del bien que reciben: suelen ser ingratos. Es la ingratitud planta de todos los terrenos. Este es el caso del médico: siembra bienes, y recoge ingratitudes. Y una modalidad de ingratitud es ésta: ridiculizarle. Son las piedras con que los ingratos enfermos-galeotes lapidan a los Quijotes-médicos.

No recuerdo quién afirmaba que esta mal disfrazada inquina que se tiene al médico obedece a cierta animosidad colectiva y vengativa, como compensación o desquite de la debilidad en que se ve la sociedad al tener que descubrir al médico sus lacras y miserias.

Nadie pone en duda, y menos nosotros los médicos, que en nuestra carrera se cometen errores. Pero ¿en qué actividad humana existe infalibilidad? Ya de muy antiguo se dijo: *Errare humanum est*. Pero, en cam-

bio, ¡cuántos dolores evitados, cuántas lágrimas no vertidas, cuántos consuelos prodigados no tenemos en nuestro haber!

No hay defecto, imperfección o mala cualidad que no se nos haya achacado. Llámansenos ignorantes, avaros, perezosos, embusteros, interesados, holgazanes, homicidas. En fin, que somos *aureolados* con un sambenito.

De los poetas latinos, Marcial, el célebre epigramático bilbilitano, nos dirigió un hiriente epigrama, el número XLVIII de su colección, que ha merecido los honores de varias traducciones:

*Nuper erat medicus, nunc est vespillo Diaulus:
quod vespillo facit, facerut et medicus.*

Que tradujo así don Manuel Salinas y Lizana (siglo XVII):

Diaulo es hoy sepulturero,
y ha poco que era doctor;
lo que hace enterrador
hizo médico primero.

Y en estas dos redondillas, don José Iglesias de la Casa (siglo XVIII):

Sin crédito en su ejercicio
se llegó un médico a ver,
y él, por ganar de comer,
ya se ocupa en nuevo oficio.
Mas tan poco se desvía
de la afición del primero,
que hoy hace sepulturero
el que antes médico hacía.

En España, ya desde el siglo XV, en la corte de Don Juan II, en la que floreció una pléyade de buenos escritores y poetas, como don Enrique de Villena, el marqués de Santillana, Juan de Mena, Gómez Manrique, Fernán-Pérez de Guzmán, etc., aparte de los incluidos en el *Cancionero de Baena*, encontramos alusiones satíricas contra los médicos, alusiones cada vez más frecuentes, hasta llegar al Siglo de Oro, en el que la sátira se ceba mordaz contra los pobres galeños, prolongándose esta vena satírica a todo lo largo del siglo XVIII, del XIX y a lo que va del actual.

Táchasenos de interesados en estos versos de Quevedo, el gran satírico, verdadero azote de los médicos:

Que el doctor en Medicina
más gentil y más bizarro
tiene condición de carro:
que si no le untáis, rechina.

De poco escrupulosos para obtener honorarios:

... porque con poca conciencia lo ganaba su merced...
Por mil causas: la primera, porque con cuatro aforismos, dos textos, tres silogismos, curaba una calle entera.

Así dice Tirso de Molina, por boca de *Caramanchel*, gracioso de su comedia *Don Gil de las calzas verdes*, al relatar la vida de un médico a cuyo servicio estuvo. Relación que es conocidísima por lo repetida que ha sido.

El mismo Tirso de Molina nos moteja de holgazanes y poco estudiosos en esa relación:

No hay facultad que más pida estudios, libros galenos; ni gente que estudie menos. con importarnos la vida.

De despreocupados y negligentes, como en esta letrilla de Vicente Rodríguez de Arellano (siglo XVIII):

Está el médico ocupando la mesa del mediator, olvidado del dolor de uno que dejó penando; prosigue, alegre, jugando, y en tanto que se divierte, paga el otro con la muerte del guadaña el embeleso. ¿Y qué tenemos con eso?

Da el autor el calificativo de guadaña al médico, asimilándole a la muerte, cuyo símbolo es aquella.

Embusteros llámalos Diego de Torres y Villarroel (siglo XVIII). Cuenta él mismo su azarosa vida, y dice: «El saber yo la Medicina y el haberme hecho cargo de sus obligaciones, poco fruto y mucha falibilidad, me asustó tanto, que hice promesa a Dios de no practicarla sino en los lances de necesidad y en los casos que juré cuando recibí el grado y el examen.»

Muy pocas esperanzas da de una vida preciada de profeta la Medicina; mas mente mucho como los que se arriman a sus estudios.

En los siguientes versos, de Mariano José de Larra, el célebre *Figaro* (siglo XIX), acúsase al médico de estar en connivencia con el boticario para explotar al enfermo; son de *Sátira contra los vicios de la corte*:

Y el médico aquí viva, que se entiende con algún boticario, y nos receta drogas que, a medias con aquél, nos vende.

Detractor constante de la mujer y del médico. Quevedo, los asocia en sus censuras en la sátira *Riesgos del matrimonio*:

El médico se casa de artificio, por si cosa tan pérfida acabase y hiciera al hombre tanto beneficio.

Y él solo será justo que se case: para que ambos den muerte a sus mitades, y así la tierra de ambos se aliviase.

Despiadadamente se ensañan con los médicos los más diversos poetas, achacándoles que, invirtiendo los papeles, más coadyuvan a matar al enfermo que a sanarle. Los ejemplos son prueba:

Batallando está el enfermo con dos males a la par: uno es su fiebre, es el otro los que le quieren curar.

Del que Natura le diera bien se puede de librar; del que le facen doctores si prosiguen va a expirar.

(De algún libro de caballerías.)

El médico, sembrador de luto y muerte. Tal le pintan los tres poetas que van a continuación:

De Jove, el busto, que hierro formó de artifice ufano, tocó antes de ayer la mano de Alcón, médico por yerro. Hoy ya en hombros, como a entierro, le llevan, ¡caso fatal!, que no evitó tanto mal ser (que es todo lo posible) ni como piedra, insensible; ni como Dios, inmortal.

(Fray Juan Interian de Ayala, siglo XVIII.)

Un médico se cuenta hubo en Florencia, gran hablador y célebre asesino, público azote y peste de su tiempo; por la calle era el verle, perseguido ya del hijo pidiendo al muerto padre, ya del que le echa en cara la ponzoña con que en sus brazos reventó a su hermano; aquí el marido, allí la esposa muere, secos de sangre o llenos de ruibarbo; la tos se vuelve tisis a su entrada, y en sus manos delirio la jaqueca.

(Juan Bautista Arriaza, siglo XIX.)

¡Oh, tú, que en otro tiempo de Esculapio ejercitaste la gloriosa senda, y con malditos récipes echaste a tantos infelices de la tierra! Ora, siguiendo en pos del crudo Marte, la muerte, osado, en los contrarios siembras, haciendo huir en vergonzosa fuga a los muy pocos que con vida dejas. Ya esgrimas como médico o soldado o la espada o la pluma en las recetas, los camposantos guardan tus trofeos, y las campanas tus victorias cuentan.

(Manuel María de Arjona, siglo XIX.)

De unas letrillas del ya citado Iglesias de la Casa son las dos estrofas que copiamos, verdaderas cáusticos satíricos:

Al que, por tener sospecha de si está o no resfriado, llama al doctor de contado, quien, juzgando que aprovecha, le manda sangrar y le echa en la sepultura fría, le cayó la lotería.

Por matar ligero el médico Nava, yendo caballero su mula mataba: y a cuantos pulsaba mató valeroso: érase que se era, y es cuento gracioso.

La misma idea de favorecedores de la muerte encierran los siguientes versos:

Va montado en un machuelo, que, en vez de caminar, vuela; sin parar saca una muela: más almas tiene en el cielo

que un Herodes o un Nerón;
 concóncenle en cada casa;
 por dondequiera que pasa
 le llaman la Extrema Unción.

(De Tirso de Molina, en su comedia *Por el sótano y el torno.*)

Los de Jérica (siglo XVIII) a un médico que desafió a un tercianario:

Advertid, señor Mallorca,
 que si le dierais la muerte
 con la espada, vuestra suerte
 será morir en la horca.

Siendo doctor, buena gana
 tenéis de desafiarme;
 aguardad para matarme
 a que le dé la terciana.

Parejos pensamientos de mordacidad epigramática son expresados en el siguiente soneto y los versos de arte menor que le continúan, de Torres y Villarroel, en las dos redondillas de Góngora y en la conocida fábula de Iriarte (siglo XVIII), y que, por lo mismo, no es transcrita, *El médico, el enfermo y la enfermedad*:

La rica Filis de curarse trata,
 y un médico muy docto solicita;
 viene sin detención, y deja escrita,
 en papel poco, mucha patarata.

Viendo cuán doctamente aquél la mata,
 que venga otro doctor la dama grita,
 y acude en su caballo a la visita
 otro que puede andar en la reata.

Una dieta de médicos reputa.
 preciso convocar, en la que vota
 cada uno en apoyo de su seta.

Poco tiempo después todo se enluta.
 Murióse Filis ya, pero se nota
 que se murió de ahíta con la dieta.

Por malo te visitan
 muchos doctores.
 ¡Qué caro ha de costarte,
 ay, pobre, pobre!
 Yo no te entiendo,
 infeliz, pues aburres
 vida y dinero.

El doctor mal entendido
 de guantes no muy estrechos,
 con más homicidios hechos
 que un catalán forajido.

Balas de papel escritas
 sacan médicos a luz,
 que son balas de arcabuz
 para vidas infinitas.

La costumbre de andar en mula inspiró algunas bur-las, como las contenidas en los versos:

Yo más quiero los médicos peones;
 al contrario del vulgo, que se engaña
 en seguir los de mula, unos barbones
 cuyo rostro es un bosque y selva extraña.
 Viene la muerte dando trompicones
 en médicos de a pie con su guadaña;
 y lo que allí se esconde y disimula
 camina más de prisa en los de mula.

¡Oh vulgo, tantas veces engañado,
 que no buscas verdad sin apariencia!
 pues que juzgas por médico letrado
 al que camina en mula, aunque sin ciencia.
 El que es por Salamanca graduado,
 aunque tenga más cursos de experiencia,

su vida pasará sin quien le ampare,
 mientras en mula no se graduare.

(De Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, en su *Corrección de vicios*, son las dos octavas anteriores; siglo XVII.)

Tirso de Molina, en su comedia *El amor médico*, incluye el siguiente relato, a propósito de la mula del doctor:

Tuvo un pobre una postema
 (dicen que oculta en un lado),
 y estaba desesperado
 de ver la ignorante flema
 con que el doctor le decía:
 «En no yéndos a la mano
 en beber, moríos, hermano,
 porque eso es hidropesía.»
 Ordenóle una receta,
 y cuando le fué a dar
 la pluma para firmar,
 la mula, que era algo inquieta,
 asentóle la herradura
 (emplasto dijera yo)
 en el lado, y reventó
 la postema ya madura.
 Conque, cesando el dolor,
 dijo, mirándola abierta:
 «En postemas más acierta
 la mula que su doctor.»

Debió caer en gracia la donosura, toda vez que hallamos una variante de ella en *También la afrenta es veneno*, comedia escrita en colaboración por Luis Vélez de Guevara, Antonio Coello y Ochoa y Francisco de Rojas Zorrilla (siglo XVII):

Apeóse un médico a hablar
 a otro médico estafermo
 a la puerta de un enfermo
 (que él venía a visitar)
 de una apostema o flemón
 que en la garganta tenía;
 y, sobre cómo vivía,
 trabaron conversación.
 Y para hablar sin trabajo,
 la mula al portal envía:
 es a saber que vivía
 el enfermo en cuarto bajo.
 La mula con desenfado,
 en gualdrapa y ornamento,
 se fué entrando al aposento
 en donde estaba acostado.
 El enfermo, que sintió
 herraduras, con dolor
 dijo: «Este es el doctor»;
 sacó el pulso y no miró.
 La mula, que miró el brazo,
 sin saber sus accidentes,
 tomó el pulso con los dientes
 con grande desembarazo.
 El volvió el rostro con tema,
 y salió a echarla en camisa;
 pero dióle tanta risa,
 que reventó la postema.
 El médico que lo vió,
 para que el mozo la agarre,
 le dijo a la mula: «¡Arre!»,
 y él dijo al médico: «¡Jo!
 Señor doctor, yo he quedado
 absorto del caso y mudo;
 la postema que él no pudo
 su mula me ha reventado.
 Y si esto otra vez me pasa,
 aunque el caso me atribula,

envíeme acá su mula,
y quede usarcéd en casa.»

¿Cuál de las dos versiones es plagio de la otra? La falta (al menos para nosotros) de dato cronológico, y juzgando solamente por la forma, más cuidada, más correcta y concisa en la del fraile mercedario, nos inclinaria a atribuir a éste la imitación.

Un zumbón epigrama del repetido Iglesias de la Casa hace alusión al uso de la mula por el médico:

Un médico en una calle
el santo suelo besó;
es decir, que se cayó
de su mula, alta de talle.
Empezábale a zumbar
la gente que andaba allí,
y él dijo: «¡Así como así,
yo me iba luego a apear!»

Hasta en las academias (sesiones literarias que celebraban los poetas, en las que eran propuestos asuntos que cada uno había de glosar) sufrían los médicos sus correspondientes zurriagazos satíricos.

He aquí la glosa, en estilo aldeano, de la cuarteta:

En este maldito mundo
de naide se ha de fiar;
tú por tigo y yo por migo,
y percurarse salvar.

El alcalde nos arruina
con daca, el rey lo ha mandado,
y el escribano y letrado
ambos van a la mohina;
sale a atisbar la vecina,
el doctor sale a matar,
percurémonos librar
de tan infame ganado;
y pues naide es abonado
de naide se ha de fiar.
Todo es muerte, todo es guerra
en el cortejo villano;
y más mata el cirujano
y el sacristán más entierra...

(Torres Villarreal.)

Ti'nda Mesonero Romanos (siglo XIX) nuestra supuesta infalibilidad en diagnósticos y apreciaciones con el epigrama:

—No hay que dudar: está yerto;
ya expiró—dijo el doctor.
Y el enfermo: —No, señor
—le contestó—. No estoy muerto.
El médico que lo oyó,
mirándole con desprecio,
le replicó: Calle el necio.
¡Querrá saber más que yo!

Burlonamente, doña Carolina Coronado (siglo XIX), el abuso de la sangría, y Mesonero Romanos, el de la purga, satirizaban en sendos epigramas:

Un doctor muy afamado
mandó hacer una sangría,
y después que hubo pasado:
—¿Se ha sangrado usted?—decía.
—Sí, señor; ya me he sangrado.
—Que se repita mayor
—repuso. Y volvió después:
—¿Se repitió? —Sí, señor.

—Pues otra larga, hasta tres,
y calmará ese dolor.
Cuando volvió al otro día
le preguntó al enfermero:
—¿Cómo está su señoría?
—Descansa. —Bueno, eso quiero;
que le den otra sangría.
—Se le dará sin temor;
mas no está en eso el misterio.
Diga usted, ¿el sangrador
querrá ir al cementerio
a sangrar a mi señor?

Tomó Leroy don Liborio,
y le tomó con tal celo,
que se marchó limpio al cielo,
pasando aquí el purgatorio.

Y ni en la paz del sepulcro dejaron reposar tranquilos los huesos de los asendereados médicos, pues aun allí les fueron lanzados algunos epitafios sangrientos:

La prueba de que la muerte
no perdona hombre nacido,
es ver que no ha perdonado
hoy a su mayor amigo.

(De Francisco Gregorio de Salas—siglo XVIII—a un médico que acababa de morir.)

Enseñé, no me escucharon;
escribí, no me leyeron;
curé mal, no me entendieron;
maté, no me castigaron.
Ya con morir satisface;
¡oh muerte!, quiero quejarme.
Bien pudieras perdonarme
por servicios que te hice.

(De Lope de Vega.)

Aquí un médico reposa,
y al lado han puesto la muerte;
iban siempre de esta suerte.

(De Martínez de la Rosa, siglo XIX.)

Por último, casi en nuestros días, un ingeniosísimo autor cómico, Vital Aza, médico, aunque nunca ejerciera, supo, en composiciones festivas, con gracia y agudeza, sacar punta a cosas y casos de la profesión. Campea en tales composiciones una fina sátira que hace asomar leve sonrisa al ser leídas. Muestra de ello son: el coro de doctores de *El rey que rabió* (zarzuela en colaboración con Ramos Carrión y con música de Chapí), *Junta de médicos*, *El médico cazador*, *Visita médica*, etc.

Aceptemos, y aun aplaudamos, la sátira ingeniosa, comedida y que responda a lo exigido por el preceptista:

Mas al festivo ingenio deba sólo
el sutil epigrama su agudeza;
un leve pensamiento,
una voz, un equívoco le basta
para lograr su gracia y su viveza;
y cual rápida abeja, vuela, hiere,
clava el fino aguijón, y al punto muere.

Y soportemos la sátira despiadada y cruel abroquelados en las hermosas palabras de Berard: «La Medicina es un arte que cura algunas veces, alivia muchas y consuela siempre.»